

UN PAÍS AL SUR

por

A. R. Almodóvar

Este libro contiene una selección de artículos aparecidos principalmente en la edición andaluza del diario EL PAÍS (se indica cuando fue en la nacional); la mayoría en formato de columna, los jueves o miércoles de cada semana, y en el periodo que va de Septiembre de 1997 a Mayo de 2004, más otro texto publicado con anterioridad a la primera fecha.

Fue editado por Octaedro, Barcelona, 2004.

A Román Orozco,
que descubrió al columnista que yo desconocía.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
A manera de prólogo y disculpa.....	8
Sujeto y sistema.....	12
Cinco años ya.....	14
Cuento del hombre gol.....	16
Málaga y el ave.....	17
Las tres princesas alcaldesas.....	18
El placer de la ciencia	20
Tres princesas alcaldesas (2).....	21
Estadio (presuntamente) olímpico.....	22
Ojos verdes.....	24
Memorias del subsuelo.....	25
El año de Caperucita.....	26
Cuentos de navidad.....	29
Y otra navidad pasó.....	30
Francisco Rivero.....	31
Gulliver en Andalucía	32
Arzalluz.....	33
Fischler.....	35
Lince ibérico.....	36
Andalucía romana.....	37
Elogio de la taberna.....	38
La mirada extranjera.....	40
Cataclismos de imprudencia.....	41
Tiempo de libros (I).....	43
Tiempo de libros (y II).....	44
El salto.....	45
Entre lo culto y lo popular (<i>un drama íntimo de García Lorca</i>).....	46
Arias Montano, andaluz y heterodoxo	48
El centauro de Orce.....	50
Catalán <i>only</i>	51
El pan y otros engaños.....	53
Agosto, 1936	54
Simón Peres en Sevilla.....	55
Alta política	56
Aves migratorias.....	58
Bienal.....	59
Un nobel cercano.....	60
Muerte laboral.....	61
Los telehumanos (<i>protocuento de navidad</i>).....	63
Deseos 99.....	64
Tres princesas alcaldesas (III).....	65
Expo 92, adiós definitivo.....	66
"Ingleze"	68

Basura del corazón.....	69
Esplendor de Cádiz.....	70
Un misterio llamado Tablada	72
Albores de marzo.....	75
Habla andaluza y cine.....	77
Granada a rebosar.....	78
La tía Margarita.....	79
Trasiego de difuntos	80
Romerías.....	81
Una de gatos.....	83
Pollo nacional.....	84
Gentes del sur.....	85
Amor futuro	87
La amante.....	88
El regreso.....	90
El cielo.....	91
Fútbol, religiones.....	93
La revolución.....	94
Tomas Iglesias y el Generalísimo.....	95
El anticristo.....	96
Pobre Guadaíra.....	98
¿Borges ciego? (I).....	99
¿Borges ciego? (y II)	100
La llanura infinita.....	102
El juez en los infiernos.....	104
Homologación.....	106
Las bicicletas son para el invierno.....	108
Fieramente milenio.....	109
La manipulación de la inocencia.....	110
Memoria del olvido.....	112
Divinas palabras.....	113
Homenaje y clamor.....	114
Humanidades PP.....	116
Literatura andaluza, un mito desarraigado.....	117
Pupitres.....	119
Rodin en Andalucía.....	121
Universidad.....	122
García Calvo	124
Santos dineros.....	125
Ciudad desmesurada	127
Ser como un dios.....	129
Sevilla, la ciudad de los excesos.....	131
Maldito tabaco.....	134
Petit Prince / Peter Pan.....	136
Gordos.....	138
El sospechoso.....	139
Gorrillas en la niebla	141
Ismael III.....	142
Bienal a lo grande.....	143
El regreso de Nietzsche.....	145
Las orillas del miedo	146
Las bombas, la mili.....	147
¿Fumaba Carlos V?	149

Noticias de Barbate	150
La ciudad inexistente	151
Corazón tan grande.....	153
La compasión.....	154
El indultador (I).....	155
El indultador (II).....	157
Yago debe morir.....	158
El hígado inmaduro	159
Fantasmas en el Alcázar.....	161
Andersen en Sevilla	162
Nazarenas.....	164
Greco insólito.....	165
Hombres, monos, dioses.....	166
Fraga.....	168
Olavide en su olvido	169
Chaves Nogales.....	171
Jilgueros.....	172
Andalucía castellana	173
Diario de Mohamed (1).....	175
Diario de Mohamed (2).....	176
Diario de Mohamed (3) Intolerancia	178
“Clases” de religión.....	179
Los inventores del tópico andaluz.....	180
A la manera del hombre.....	183
Paz en la guerra.....	184
González / Cebrián.....	185
“Españolismo de izquierdas”	187
El espía que surgió del timo.....	188
Polígono sur.....	189
Aznarín recapacita.....	191
Cuento de reyes.....	192
Cernuda, el incienso y la pólvora.....	194
Un cura ´guay´.....	195
Cuento de amor.....	196
´Las guerras de Etruria´, de Julio M. de la Rosa	
Hacia una memoria verdadera de la guerra civil...	197
Aznarín cumple 6 años.....	200
Dialogar hasta morir	201
La procesión va por dentro.....	202
Cavilaciones monárquicas.....	203
La insoportable levedad del PER.....	204
´Spanglish´ gibraltareño.....	206
Ley de (presunta) calidad.....	207
Elogio de la clase obrera.....	209
La pereza andaluza:	
Causas y orígenes de un tópico miserable.....	210
Córdoba, romana y sola.....	212
Andalucía y Marruecos.....	214
Literatura y superchería.....	215
Aventuras fonéticas del euro (I).....	217
Aventuras fonéticas del euro (y II).....	218
Playas año 3000.....	219
Un lince, 20 pts.	221

¡Que baile la ministra!.....	222
Aznarín y Harry Potter.....	223
Aznarín y Harry Potter (II).....	225
Aznarín y Harry Potter (y III).....	226
“Vestidos de andaluces”.....	227
Más Andalucía romana.....	228
Aznarín poeta, 1.....	230
Aznarín poeta, y 2.....	231
La ciudad y los perros.....	233
Granada profunda.....	234
Santo rico, santa pobre.....	235
Marisma y guerra.....	237
Folclore vivo	238
El elefante y el ratón	239
Semana ¿santa?.....	240
Sevilla, fulgor y temblor.....	242
Después de la batalla	243
Isabel I, a los altares	244
Rocío: ¿Diana o Afrodita?.....	246
Pues enseñemos religión.....	247
Úbeda, Baeza.....	248
Carmen Bernal.....	249
Tumba verdadera a Federico.....	251
Subcontratar la vida.....	252
El cardenal	253
Picasso, lograr lo imposible.....	255
¿Un príncipe de izquierda?.....	256
Andalucía federalista	257
Sevilla y los Machado.....	259
Marianín no sabe.....	260
Doñana.....	261
Machado vuelve.....	263
Votar con la cabeza	264
Un sueño atroz.....	265
“Lo que ha pasado”.....	267
Religiones.....	268
Aznarín en Georgetown.....	269
1979	271
Princesa de rojo.....	272

A MANERA DE PRÓLOGO Y DISCULPA

Un buen día, de los últimos de agosto de 1997, me llamó a mi casa de Galaroza Román Orozco, director de la sección andaluza del diario El País. Sin más preámbulos, me dijo que si quería escribir una columna semanal para el periódico. Yo, naturalmente, le dije que sí (quién hubiera sido tan loco de negarse a semejante proposición), aunque le expresé mis dudas acerca de si podría sostener un empeño como ése, y que los compromisos a plazo fijo en la escritura me daban un poco de miedo. Ambas cosas eran verdad entonces, pero de las dos me he curado con el tiempo, a lo largo de estos ya casi siete años que llevo sacando mis columnas, sin faltar una semana, además de otros artículos que han ido apareciendo esporádicamente. Tan sólo me he escapado cuando el día fijado, que antes era el jueves y ahora es el miércoles, ha caído en uno de esos tres o cuatro del año en que no hay edición. Ni siquiera me he puesto enfermo una sola vez cuando tenía que abrir el ordenador para acudir a la cita, y no será porque el desafío algunas veces no lo hubiera justificado. Escribir para un periódico como El País, uno de los diez mejores del mundo, como todo el mundo sabe, es algo que haces porque en realidad no te lo planteas cada vez, pues entonces seguramente no te sentirías capaz.

Pero nada de esto tiene demasiado interés. Lo interesante sería analizar por qué exactamente a Román Orozco –con el consentimiento de sus superiores, naturalmente- se le ocurrió hacerme aquel encargo. Yo ya había publicado algunas cosas en El País (lo primero fue algo sobre flamenco, allá por 1983, si mal no recuerdo), y por otra parte el periódico, he de reconocerlo, siempre me ha tratado bien en mis diversas aventuras literarias. Pero no venía de ahí la cosa. Venía de unas buenas relaciones que Román y yo habíamos empezado a fraguar en mi etapa de Primer Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Sevilla. Él escribía entonces para Cambio 16, y vivió muy de cerca aquella peripecia de las primeras elecciones municipales de la democracia, las del 79, cuando un acuerdo político de ámbito regional permitió que las ocho alcaldías principales de Andalucía quedaran en manos de una coalición de izquierdas, formada por PSOE y PCE, más PSA, los andalucistas de entonces. En el malabarismo de aquellos pactos yo me quedé sin la alcaldía de Sevilla, pese a haber sacado tres mil votos más que el candidato del PSA. A cambio, mi partido, el PSOE, se hacía con las de Granada, Málaga y Huelva, y el PCE con la de Córdoba. Un pacto del que, dicho sea de paso, los andalucistas no se han recuperado nunca en la parte oriental de la región, y que

otorgó muy buenos dividendos políticos, en cambio, al PSOE. Pues bien, Román Orozco estoy seguro de que sacó sus conclusiones acerca de la actitud con la que yo acepté aquel acuerdo, y de mi compromiso con los electores, probado en el simple hecho de quedarme al pie del cañón aquellos cuatro años, inventando democracia todos los días, y sin un duro en las arcas municipales -algo que para mí se queda-. Muy pronto Román dejó Sevilla y emprendió su aventura americana. Cuando regresó, yo ya estaba fuera de la política, pero nuestro reencuentro, en el 97, tuvo algo de “decíamos ayer”. Es decir, que aquel largo paréntesis no destruyó la idea fundamental en la que creo descansaban, y descansan, nuestras relaciones: que hacer un trabajo de izquierda en este país, desde cualquier ángulo de la intelectualidad, sigue siendo una tarea desalentadora, en la que te vas a encontrar con muy poca gente capaz de aguantar, con convencimiento y con unas inevitables dosis de desánimo, la que se te viene encima. Y que a esa poca gente más te vale cuidarla, para no sucumbir en el intento.

Así de sencillo. Algunas personas, cuando vieron mi firma asiduamente en el periódico, pensaron que esto se debería a algo así como a un compromiso de la empresa editora con el PSOE, para que esta organización tuviera una voz fija entre sus colaboradores. Nada más lejos de la realidad, como ya voy contando. Es más, estoy seguro de que a algunos dirigentes socialistas se les alteró ligeramente el pulso cuando vieron que yo iba a escribir cada semana en El País, nada menos, y de lo que me pareciera bien, dentro de un orden, naturalmente; el orden del periódico, en clave andaluza, y en el marco más amplio de su filosofía, que no es otra, según entiendo, que la independencia crítica por el progreso, la justicia y la igualdad.. Más el orden –seguramente el desorden- de mis ideas y principios: el socialismo democrático -verdaderamente democrático- en primer lugar, más otras cuantas cosas que me atrevo a creer comparten la mayoría juiciosa de los lectores de El País, como el carácter universal de los derechos humanos, la necesidad de combatir toda suerte de discriminaciones, especulaciones y miserias sociales, la defensa del desarrollo sostenible, de la cultura como fuente de emancipación - no como un adorno-, entre otras.

No creo que pensaran aquellos dirigentes que yo iba a revelar portentos o interioridades escabrosas de la organización –de las que, realmente, poco he sabido nunca, y de eso me he librado- sino que sabían muy bien que no iban a poder influirme en manera alguna, y que cuando tuviera que criticarlos, lo haría. Como así ha ocurrido en no pocas ocasiones. Nunca he sido “intelectual orgánico”, nunca estuve en la famosa bodeguilla de La Moncloa, aunque oportunidades no me faltaron, por mis buenas relaciones entonces con

Carmen Romero y Felipe González, y nunca he tenido nada que ver con 'lobbies', promociones o grupos de presión de escritores, intelectuales o artistas ligados al PSOE. A alguien le podrá parecer incluso excesivo por mi parte, y probablemente lo sea. Pero he tenido siempre un concepto tan claro, tan camusiano, del libre compromiso del escritor con la verdad, que jamás lo hubiera puesto a disposición de nada ni de nadie, y he preferido no verme en la tentación. Por eso, además, no he sido nunca ni felipista, ni guerrista ni cosas por el estilo. (Y así me ha ido, claro).

Pero este no es un libro exclusivamente político, ni mucho menos. En esos centenares de artículos hay de todo, como podrá ir viendo el lector, o recordando el que ya lo fuera en la edición cotidiana. Hay asuntos de actualidad cultural, de ecología y medio ambiente, de señas de identidad, de escándalos sociales, como el de las Cajas de Ahorro o la especulación en torno a Tablada... (Y eso sin incluir aquí los espacios que he dedicado a habla andaluza o a cultura de raíz, que se van editando aparte, porque aparte salieron en el periódico)(1). Bien es cierto que abunda la actualidad política, y a menudo con un cierto sesgo narrativo-humorístico que espero haya entretenido a los lectores, como me divirtió a mí mismo escribir las hazañas de Arznarín y su fiel escudero Arenín, de Chavelón el Malo o de Zapatón el Bonito, o las cuitas de mis tres princesas alcaldesas (Solinda, Celinda y Teofinda), de las que sólo me queda en activo la tercera, y bien que lo siento. Pues no sé si me creerán si les digo que he llegado a cogerles cierto cariño a esos monigotes de mi invención, probablemente enraizados en la compasión que siento a menudo por mí mismo, cuando me recuerdo implicado en las penosas lides de la política. Pero eso son cosas íntimas.

Mas como no muchas veces tiene uno la oportunidad de curar su espíritu en confidencias, siquiera sean parciales, no quiero privarme de manifestar aquí que esto del periodismo de opinión ha sido, además de divertido y excitante, una de las experiencias más ricas de mi vida de escritor. Tal vez porque no me lo esperaba en absoluto, y porque me fui metiendo en ello poco a poco, hasta quedar atrapado por completo. Tanto que hasta llegué a hacer de arúspice o apostador, y menos mal que acerté, en vaticinios o premoniciones varias: así, cuando intuí que Felipe González abandonaría el primer plano de la política; el éxito de Borrell en las primarias aquellas del PSOE, o lo propio de Sánchez Monteseirín (pobres primarias, dónde estarán ya). O en que el sucesor de Arenas, tras su doble fracaso como aspirante a Presidente de Andalucía, no sería uno, sino una, y hasta apunté la posibilidad de Teofinda, perdón, de Teófila Martínez, como así fue. Particularmente orgulloso me siento de

haber apostado fuerte por el AVE a Málaga, cuando el Príncipe Aznarín lo denostó, burlándose, en un primer momento, para luego claudicar y tener que tragárselo (como se tragó después lo del subsidio agrario y otras cosas). No sé si los malagueños me lo agradecerán algún día, ni falta que hace. Y no saco este ejemplo a humo de pajas. Pues lo mismo que con Málaga he actuado con todas y cada una de las demás provincias y capitales andaluzas, ensalzándolas cada vez que ha merecido la pena, y no por execrable oportunismo, sino porque debo de ser uno de los pocos convencidos que hay en esta complicada región en punto a creerse, de verdad, la unidad cultural y política de Andalucía. Y no hay cosa que más me entristezca en este aspecto que ver las mezquinas envidias de que son víctimas unas y otras ciudades por parte de sus propias hermanas, algo que no entiendo y creo que no entenderé nunca. Muchos políticos y publicistas, de todos los colores, no son ajenos a esta miseria.

En fin, y concluyo, que este humilde cuentista no sabe cómo agradecer a cuantos le han leído, animado o criticado en esta apasionante tarea. Y a la Diputación de Sevilla y a la Caja de Ahorros San Fernando, sin cuyo generoso concurso este libro no existiría. A todos, gracias de corazón.

Antonio Rodríguez Almodóvar.

(1) La serie de artículos sobre habla andaluza que aparecieron en agosto de 1999 han sido publicados por esta misma editorial en 2002, con el título *Abecedario andaluz*. En preparación se encuentra *Del balcón de tus ojos*, que recoge los referidos a literatura popular encaluzada.

SUJETO Y SISTEMA

La singularidad de la situación política española, que obliga a entenderse a varias formaciones de derecha, pese a ser discrepantes en casi todo y, desde luego, en lo fundamental: la idea de España; teniendo enfrente a un Partido Socialista que a ratos parece que ni siquiera ha perdido elecciones, más una aglomeración de izquierdas erráticas, desarboladas, que sin embargo reclama en la opinión pública el espacio de un gran partido, viene produciendo un *statu quo* muy resistente a los análisis en profundidad. Es como si, en su nueva acomodación, el sistema se sintiera a gusto consigo mismo. Y que, una vez reajustados los signos, a nadie interesaran ya diferentes lecturas. Así las cosas, y partiendo del axioma de que la realidad nunca es lo que parece -y menos en política-, se necesitarían otros elementos, indicios por lo menos, y de una elocuencia no prevista, para entrar en tan aguerrida fortaleza semiótica.

Para mí, uno de esos “descuidos” lo constituyen las declaraciones de Felipe González, de allá por el mes de diciembre, hechas en tierras extranjeras, del siguiente tenor: “Si Dios no lo remedia, volveré a ser candidato en las próximas elecciones”. Quien no lo conociera, hasta podría pensar que se trata de un verdadero desliz, y no de un auténtico aviso, revestido de esa autoconciencia irónica tan del gusto del líder del PSOE, como cuando dijo: “los socialistas podemos morir de éxito”, y a punto estuvo de acertar. Lo curioso es que lo de ahora haya pasado casi desapercibido para columnistas y editorialistas. (Con la aguda excepción, como de costumbre, de Santos Juliá, en *El País*, 15.12.96). Curioso, pero no inexplicable, a la vista de aquella seguridad implícitamente pactada sobre el nuevo modelo político, en el que en modo alguno está previsto que González no sea otra vez candidato. Ni se le iba a consentir, faltaría más.

Entre aquel muchacho rozagante y weberiano del 82, que se prometía estar poco tiempo en La Moncloa, y este otro ya del 97, que confía en la intervención divina para no repetir -lo dice él- han debido de ocurrir muchas cosas. Y, en efecto, han ocurrido. Pero no seremos nosotros quienes hagamos el recuento, ya bastante fatigoso, de aciertos y de errores, sino que trataremos más bien de encontrar el marco teórico donde pueda inscribirse un

proceso de tan vertiginosa complejidad. Y lo intentaremos ahora que no urge ninguna llamada a las urnas y que la estabilidad del sistema parece fuera de toda duda. Tan sólo anotaremos este último dato, y su origen real, que no es otro que la victoria electoral de un partido de derechas en un régimen de libertades: prueba de fuego de la democracia española. Pero no la única. Otra hay, a mi entender, que queda pendiente, y es que el PSOE vuelva a ganar unas generales sin Felipe a la cabeza. Ardua cuestión.

Dicen los expertos que la conciencia de los límites es lo primero que caracteriza al declive de la modernidad y, por ende, al comienzo de la posmodernidad. Claro que antes habría que ponerse de acuerdo en qué sean una cosa y la otra. Cuestión ésta nada fácil tampoco. Para entendernos, diríamos que moderno, al menos en política, es aquello que se sustenta en un programa racional, con ambición de sentido y de eticidad para todos. Posmoderno sería, por el contrario, una simple agregación de medidas circunstanciales, confiadas a la inercia del sistema para dotarse de algún sentido, y sobre una ética ignota o camuflada. Exacerbación de la modernidad serían todas las dictaduras -mi maestro García Calvo decía que fascista es todo aquel que sabe exactamente lo que hay que hacer-; y exacerbación de la posmodernidad sería esa fuerza disgregadora de lo universal que tiende a fragmentar cualquier proyecto, en lugar de reconocer la fragmentariedad de las teorías. (Algo como lo que está haciendo el gobierno del PP, dejándose arrastrar, además, por la peligrosa corriente de los nacionalismos). Al fondo, naturalmente, están los modelos de pensamiento que tratan de sustentar lo uno y lo otro: habermasianos, neokantianos, neoilustrados, por un lado; deconstructivistas, anarco-esteticistas y neoliberales, valedores del pensamiento único, por otro. Lo malo -para la epistemología, se entiende-, es que hay zonas de penumbra donde la coexistencia plural de teorías que han demostrado alguna validez se puede confundir con la mera acumulación de instrumentos de origen dispar. Pero es que incluso pueden darse coincidencias entre unas actitudes y otras. La principal, y más equívoca, es la que dicta la conciencia leal de los límites. y que nos lleva, a los demócratas de hoy, a constatar que ya no es posible un modelo que lo abarque todo. (¿Acaso lo fue alguna vez?). Que todos hemos perdido la llave de la razón global, de las categorías programáticas y de lo transcendental. Y todavía: que un proceso racional deviene en su contrario a poco que te descuides. El propio Habermas nos avisó hace tiempo: “En cada nueva etapa de ilustración, la ilustración fatalmente se torna mitología”.